

Imaginario sociales de la nación revisitados. Representaciones juveniles de la identidad chilena

Social Imaginaries of the Nation Revisited: Youth Representations of Chilean Identity

Andrea Aravena Reyes

<https://orcid.org/0000-0002-1230-3063>

Filiación institucional: Universidad de Concepción, Chile
andrea.aravena@udec.cl

Rodrigo Miranda Imilmaqui

<https://orcid.org/0009-0004-5784-288X>

Filiación institucional: Universidad de Concepción, Chile
rmirandaimil@gmail.com

Joaquín Hormazábal Neira

<https://orcid.org/0009-0008-1319-5720>

Filiación institucional: Universidad de Concepción, Chile
hormazabalneirajoaquin@gmail.com

Introducción

A la obra de Castoriadis se atribuye la idea de que el Ser humano es un animal imaginante, y que la imaginación nos diferencia de otros animales: “*El hombre es un animal imaginante, por ende, es el imaginario lo que convierte en humano al animal*” (Castoriadis y Tomès, 2007, p. 146). Como especie imaginante, al *homo imaginans* (Lapoujade,

CITA ESTE CAPÍTULO

Aravena, A., Hormazábal, J. y Miranda, R. (2023) Imaginario sociales de la nación revisitados. Representaciones juveniles de la identidad chilena. *Imaginario, representaciones e identidades sociales en América Latina* (pp. X-X). Puebla, México: Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla. Cali, Colombia: Editorial Universidad Santiago de Cali.

1988) debemos no solamente los imaginarios culturales del pasado, sino que igualmente le corresponde, el principal desafío de proponer un futuro posible para la humanidad, en la medida en que la imaginación se vuelve proyecto, futuro por construir (Lapoujade, 1988, p. 117).

En un trabajo anterior (Aravena, 2021), abordamos el tema de la crisis imaginario social y cultural del orden simbólico en Chile, o crisis de los imaginarios sociales instituidos producto del surgimiento de imaginarios sociales instituyentes canalizados de forma pública por movimientos y actores sociales e individuales, representados mayormente en las protestas juveniles de los años 2006 a 2019 en Chile. En esta ocasión, ahondamos el tema de los imaginarios sociales de la identidad nacional en jóvenes estudiantes universitarios, post del estallido social de octubre de 2019.

El trabajo se sustenta en entrevistas en profundidad realizadas a jóvenes estudiantes de educación terciaria de la región del Biobío, pertenecientes a diferentes niveles socioeconómicos. Para los efectos de este capítulo se ha considerado la muestra del año 2020 constituida por 22 estudiantes de entre 18 y 29 años que ingresaron a la educación superior en 2020 a la Universidad de Concepción (UdeC)¹ y al Instituto Profesional Virginio Gómez (IPVG), abarcando diferentes niveles educacionales y socioeconómicos. Esta muestra se constituyó durante la realización de la memoria de título de los dos coautores de este artículo², en el marco del proyecto UCO 1895 P06 de la autora principal³ y del trabajo de continuidad desarrollado por el proyecto Fondecyt 1230397 de la misma (2023-2025).

Las entrevistas fueron realizadas mediante reuniones virtuales en modalidad en línea (vía TEAMS o ZOOM)⁴. La selección de los casos a entrevistar se hizo mediante muestreo simple, aleatorio en una primera fase y por cuotas en una segunda ocasión, de entre las nóminas de estudiantes correspondiente a la cohorte en ambas instituciones educacionales. La aleatoriedad de la primera fase consistió en enviar correos electrónicos al estudiantado y en seleccionar los casos en que respondieron. La selección incluyó a estudiantes por cuotas de entre los distintos centros de estudio.

Para el tratamiento y posterior procesamiento de la información, se recurrió a la grabación y transcripción de las entrevistas que fueron codificadas con un identificador de sexo, actividad ocupacional, tipo de establecimiento donde cursó la enseñanza media, carrera y casa de estudios de la persona entrevistada. Las transcripciones fueron tratadas mediante el *software* ATLAS.ti 8, mediante una malla temática a partir de

1 Tercera a nivel nacional y duodécima a nivel latinoamericano según diversos sistemas de clasificación: América Económica; Ranquing Scimago; Quacquarelli Symonds (QS) Latin America University 2023.

2 *Nuevas subjetividades e imaginarios sociales juveniles emergentes de Chile como nación imaginada a partir de la revuelta de octubre del 2019, diciembre 2021.*

3 *Nuevas subjetividades e imaginarios sociales juveniles de la educación superior en estudiantes de primer año de la Universidad de Concepción y el Instituto Virginio Gómez.*

4 Protocolo certificado por el Comité de Ética, bioética y bioseguridad UDEC N° 589-2020. Conforme al mismo se aplicó un consentimiento informado escrito a cada entrevistado/a. Las transcripciones de las entrevistas fueron anonimadas mediante códigos de caracterización, no afectando los resultados de la investigación.

la revisión y agrupación de la información de los *corpus* de todas ellas. A partir de dichos *corpus* se conformaron nodos de información, que fueron incorporados a sacos semánticos para fines de interpretación. La información fue posteriormente objeto de análisis de contenido y luego hermenéutico.

El paso siguiente fue la agrupación de las ideas en cuatro grandes grupos o metacategorías. A su vez, cada meta categoría fue dividida, arrojando dieciocho categorías, que a su vez se abrieron en sesenta subcategorías. A continuación, se presentan los resultados de una metacategoría, aquella que resulta de las preguntas sobre los imaginarios sociales de la identidad nacional en jóvenes de educación terciaria en Chile.

Aspectos teóricos y referenciales

Imaginarios sociales e identidad nacional

Los imaginarios sociales (IS) han sido definidos como aquellas maneras en que las personas imaginan su existencia social y su entorno, "siendo una concepción colectiva que hace posible las prácticas comunes y un sentimiento ampliamente compartido de legitimidad" (Taylor, 2006, p.37). Se trata, en efecto, de una concepción de un "nosotros" compartida en un espacio y tiempo definidos, modelados por la historia, la cultura, las formas de representarse el mundo y así mismos/as en un contexto social. También, son "una manera compartida por grupos de personas de representarse en el espacio y el tiempo" (Baeza, 2000, p.9), siendo "construcciones sociales que permiten significar el mundo en el que nos desenvolvemos" (Baeza, 2015, p.132). Se ha sostenido, también, que se trata de construcciones dinámicas, movibles y situacionales, capaces de subvertir la realidad institucionalizada, siendo una importante fuente de posibilidades alternativas a la realidad socialmente dominante (Carretero, 2001). Por lo tanto, es posible reconstruirlos o hacer surgir nuevos IS a través de la acción social y política.

Los IS, de hecho, otorgan significación y estabilidad a la llamada estructura simbólica de ajuste de una sociedad. Esta ha sido definida como aquel "sistema simbólico requerido para dar equilibrio psicosocial momentáneo a una sociedad; es decir, permitir garantizar por un tiempo siempre indeterminado la convivencia más elemental entre sus miembros" (Durkheim, en Baeza, 2015), e involucra actores sociales que intervienen construyendo y demoliendo órdenes simbólicos anteriores, en una crisis del orden estructural vigente (Aravena y Baeza, 2015).

Desde la vertiente de estudios sobre los *imaginarios sociales* y la *identidad*, en investigaciones anteriores hemos propuesto que la misma supone importantes componentes de alteridad, pues la identidad no puede afirmarse como un sentimiento único, sino que se entiende va cambiando conforme a los procesos sociales, culturales e históricos que la acompaña. Así, por ejemplo, la construcción de IS de los límites etnonacionalismo de la identidad chilena se configuran a partir de límites internos y

externos y de sistemas de inclusión y exclusión social (Aravena y Silva, 2009). Los IS de la nación formarían parte de este proceso.

La identidad, a su vez, puede ser entendida de diferentes maneras, según las perspectivas teóricas con las que se le estudia y conforme los diferentes aspectos considerados a la hora de interpretarla y analizarla. Ya sea que se refiera a factores biológicos, sociales o políticos, aspectos históricos y culturales o elementos de naturaleza individual, colectiva o relacional, se acepta hoy en día que las identidades son dinámicas, situacionales, políticas, estratégicas y estructurales. También, son producto de la construcción intersubjetiva de la realidad y de los procesos de auto adscripción y adscripción por otros/as, en el marco de relaciones a veces simétricas, pero —muy a menudo— asimétricas y desiguales. Además, son el fruto de una historia que igualmente se construye y se relata, a partir de elecciones, discursos e imágenes, de manera que podemos afirmar que son el resultado de una realidad representada y, sin duda, instituida e imaginada.

El surgimiento y el auge del nacionalismo ha sido atribuido como fenómeno político y social asociado a la formación del Estado-nación como forma “moderna” de organización social que se consolida en el siglo XIX (Anderson, 1996). El concepto de nación como “comunidad política” supone la existencia de una comunidad que tiene el derecho de contar con un Estado organizado (Revolución Francesa) y que supone la lealtad legal de los ciudadanos a una Constitución. En términos liberales y tradicionales, los IS de la nación se han ido constituyendo como una realidad política y un referente identitario a nivel planetario (Smith, 1991).

Para Renan (2004), en términos “tradicionales” se ha cometido el error de confundir la raza con la *nación*, atribuyendo a grupos etnográficos o lingüísticos una soberanía análoga a aquella de pueblos existentes. Por su parte, en términos modernos, la nación y el sentimiento de cohesión nacional se definirían por la voluntad política de pertenencia, donde la nación sería un alma, un principio espiritual y donde ha de converger el deseo de una vida en común, más que un pueblo, territorio, cultura o religión..

En América Latina, el siglo XIX fue la era de los nacionalismos y de la constitución de los Estados nacionales. Siguiendo la tesis de Anderson (1996), el nacionalismo se instauró como un imaginario que movilizaría a los criollos y propiciaría las guerras de independencia. En estos términos, la nación es entendida como una comunidad imaginada, es decir como una comunidad construida socialmente, ajena de los orígenes de los ciudadanos que la conforman. En este contexto, se habrían empezado a conformar las identidades nacionales en cada uno de los Estados Latinoamericanos, a través de diversos procesos de afirmación y de diferenciación cultural, territorial y política.

En el caso chileno, diversos autores se han preguntado ¿En qué consiste ser chileno o chilena? Para Larraín (2001), variados son los rasgos que conforman esta identidad que ha ido cambiando a través de la historia. Desde: a) pertenecer a una comunidad de naciones dependientes de la corona española y católica que el autor llama una “co-

munidad imperial imaginada" (p. 258), pasó a formar parte de b) Latinoamérica, como comunidad de naciones independientes, a c) ser parte del Tercer Mundo, comunidades periféricas o "comunidad de naciones subdesarrolladas" después de la Segunda Guerra Mundial y, después de 1990, a d) "compartir una comunidad imaginada más selecta y pequeña dentro de los países periféricos: la de los países en vías de desarrollo más exitosos" (p. 258).

Silva (2008) señala que "desde el siglo XIX, la incipiente historiografía nacional sitúa el origen de la nación en la Patria Vieja, en la elite criolla que se posiciona en su nuevo poder político y construye una dominación hegemónica" (pp. 9-10). El discurso de formulación de la nación tiene un cierto grado de ambigüedad, explicado por la coyuntura de transición de la Independencia. En la proximidad del Bicentenario, el año 2010, se continúa hablando de discriminación, exclusión y segregación, señala la autora. De ello se deduce que la discriminación, la segregación y la exclusión afecta más a quienes se definen como "Otros" en relación con un "Nosotros" hegemónicos.

Montecino (1991), desde una posición distinta, defiende la tesis del imaginario mestizo en el alma de la identidad chilena, imaginario que decanta de la figura del "huacho", representado en el "roto chileno". Aunque hablar de mestizaje, para la autora, pueda parecer anacrónico debido al ejercicio permanente de blanqueo de los grupos dirigentes, intelectuales y políticos desde hace mucho tiempo atrás. Las figuras de "madres solas", "padres en fuga" y "niños huachos" componen para Montecino, de un modo simbólico, una suerte de trinidad o núcleo de la identidad chilena. Se trata de una identidad formada, naturalmente, a partir del mestizaje, "huachos porque somos huérfanos, ilegítimos, producto de un cruce de linajes y estirpes, a veces equívocos, a veces prístinos" (p. 20).

Desde una perspectiva cultural, aquella situación de abandono originario en la sociedad chilena habría delineado también la manera de ver el mundo. "El problema de la ilegitimidad 'bastarda' atraviesa el orden social chileno, transformándola en una marca definitoria del sujeto en la historia nacional" (Montecino, 1991, p. 45). En tal sentido, plantea lo "huacho" como una metáfora de lo chileno: la orfandad, la precariedad, la bastardía que se derivaron de esta figura de los(as) hijos(as) ilegítimos y que tiene otros correlatos simbólicos y psíquicos que rondan en nuestra sociedad. Las diferencias de género, clase, étnicas, crean otros(as) huachos(as), nuevas maneras de producir distancias entre sujetos que pertenecen a una misma comunidad, pero son discriminados y situados en los márgenes.

Salazar y Pinto (1999), en sus cinco tomos de la Historia Contemporánea de Chile, y desde una óptica autodefinida como ciudadana y popular, analizan la composición mestiza del chileno como un elemento trascendental en su identidad, lo que no significa que sustenten la idea de una "identidad chilena" en estrictos términos, sino la coexistencia de muchas y variadas identidades en un territorio y sociedad altamente fragmentada. El pueblo, entendido como el "pueblo mestizo" del cual nadie habla porque nadie se siente mestizo, tiene un daño transgeneracional, es una memoria subconsciente, de exclusión, de rabia, de no integración, de ignorancia de su condición

de ciudadanos, plantean los autores. Este pueblo nace en el siglo XVI con la migración del campo y a partir de las ocupaciones de la ciudad con saqueos en la medida en que no existen mecanismos de integración real a la sociedad central, ni económicos ni culturales y, menos, políticos. En sus términos, se trata de un pueblo sin territorio, sin memoria, sin ritos ni tradiciones.

Bengoa (2003), igualmente, aborda el tema de la identidad chilena enfatizando la inexistencia de un único discurso identitario de la nación. A su juicio, desde el siglo XIX se ha elaborado una imagen autoatribuida y deseada de ella, más que un reflejo de la realidad, teniendo como raíz lo europeo: blanco, no indígena, católico, que ha servido de base para la clase media y alta, por lo que deja fuera a la mayor parte del país, que no está representado con dicha imagen. Asimismo, señala que "la identidad siempre es una reelaboración nostálgica de lo que creímos que fuimos alguna vez" (p. 601), lo cual se da a partir de un pasado mítico, de una época dorada en la que todos los intereses del grupo social estaban cumplidos; de esta manera, aquel tiempo mitificado se volvió el pilar fundamental para el desarrollo de la vida social y el futuro.

En el mismo sentido, se refiere a la profunda erosión de las identidades nacionales (Bengoa, 2005), pues "el sentido colectivo de 'pueblo', como aspiración comunitaria de salvación, se habría ido diseminando" (p. 64), conforme avanzaban las amenazas del mercado, las frustraciones y los temores generalizados. Igualmente, se inclina por la existencia de múltiples identidades, con relatos parciales acerca de la identidad (Bengoa, 2009).

Buscando responder a la pregunta "¿Quiénes somos los chilenos?" el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD, 2002, p. 3), parte de la premisa que, a lo largo de su historia, "Chile muere y renace muchas veces" (p. 48) y que, por ende, no existe un Chile único. Como tampoco hay una "identidad nacional" dada de una vez y para siempre, en la medida en que es una construcción social, una producción cultural.

El informe, elaborado a partir de una encuesta realizada el 2001, concluye que, según las experiencias individuales de la mayoría de los habitantes del país, "lo chileno" como identidad no es creíble ni genera un sentido de pertenencia, es decir, un orden social que permita "integración igualitaria y solidaria" (p. 70), generando más bien emociones negativas. Lo anterior se debe a que una parte de las personas encuestadas se sienten excluidas o agredidas en cuanto a las relaciones sociales.

Por otro lado, quienes sí validan "lo chileno" y sienten orgullo de serlo, se debe a que viven y sienten la integración. Así, se vuelve imposible verificar la presencia idealizada de "lo chileno". Se plantea que existen tres campos de experiencias cotidianas que dan sentido a lo chileno: "la forma en que es vivido el cambio actual, la valoración que se hace de la propia inserción en el proceso económico, y el grado de integración a las normas, valores y relaciones sociales de grupos amplios" (p. 71).

De todas maneras, si estas experiencias cotidianas no logran verificar lo chileno, esto se traslada a un espacio donde no se ve sometido a lo experiencial, es decir, se idea-

liza un pasado perdido que no admite verificación como “algo maravilloso que existiría fuera del tiempo cotidiano, fuera del espacio normal o fuera de las relaciones sociales, también inmune a las verificaciones de la experiencia” (p. 82). Los juicios que los chilenos y chilenas formulan sobre sí mismos son: “valientes, sufridos, sacrificados; amistosos, amables, agradables, simpáticos; trabajadores” (p. 77) destacándose como las cualidades más nombradas; mientras que, “flojos, cómodos, irresponsables; ambiciosos, inconformistas; derrochadores y fiesteros” (p.77), se reconocen como los principales defectos, conforme el estudio citado.

Entre los resultados y, considerando el año en que este estudio fue desarrollado, se apunta a que no existiría una idealización de lo chileno con un sentido de futuro, es decir, existiría un sentimiento de desesperanza frente a un proyecto social colectivo con proyección al futuro histórico. Sin perjuicio de lo anterior, se señala que esta crisis identitaria no representa necesariamente un “vacío identitario”, sino más bien un abandono de las figuras heredadas como referentes identitarios, en donde unos se abandonan y otros logran persistir adquiriendo nuevos significados y funciones simbólicas para la emergencia de nuevas formas de pertenencia social ligadas a lo nacional.

Cuestionamiento al orden social vigente

En el contexto de un sistema autoritario, en el cual por casi dos décadas gobernó una dictadura militar (del 11 de septiembre de 1973 al 11 de marzo 1990), se instauró en Chile un modelo de gubernamentalidad neoliberal (Foucault, en Lemm, 2010), que fue sucedido por casi tres décadas de transición democrática.

El llamado “modelo chileno de transición a la democracia”, en el marco de una coalición de partidos políticos de izquierda, centroizquierda y centro —conocida principalmente como Concertación de Partidos por la Democracia—, se propuso dar “gobernabilidad” al país, buscando dar continuidad al impulso modernizador iniciado en dictadura a través de la aceleración del modelo económico (Aravena y Baeza, 2015).

Sin embargo, a la larga, éste demostró ser incapaz de prolongar la administración del sistema instaurado en dictadura, con promesas de justicia, equidad e igualdad social, generando un largo período de protestas, particularmente estudiantiles, y movilizaciones sociales (Aravena y Silva, 2009).

A lo largo de ese periodo y finalmente, entre 2014 y 2018, durante el segundo mandato de Michelle Bachelet, se implementaron un conjunto de reformas y transformaciones que buscaron responder a esa voluntad de cambio en muchas instituciones de la sociedad cuya estructura venía de la herencia de la dictadura cívico-militar, con la implementación de un programa de gobierno “progresista” e inclusivo (Constitución política, impuestos, educación gratuita en todos los niveles, despenalización del aborto en tres causales, abolición del sistema político binominal, acuerdo de unión civil, reconocimiento constitucional de pueblos indígenas, entre otros).

No obstante, se generaron un conjunto de críticas en los sectores políticos más conservadores y el “destape” de escándalos de corrupción y desaceleración económica. Su más claro antagonista, Sebastián Piñera, la sucedió en el período siguiente (2018-2022), ejerciendo el mandato de los sectores políticos más conservadores, de retrotraer, en la medida de lo posible, los cambios generados en el gobierno anterior, al costo del llamado “estallido social” del 18 de octubre de 2019 en adelante (Aravena y Laharó, 2021, p.165; Aravena, 2021).

Como respuesta al estallido, se estableció un nuevo pacto político que buscó restablecer el orden social llamando a un plebiscito para la aprobación o rechazo de la formulación de una nueva Constitución, resultando ampliamente ganadora la aprobación de ésta (25 de octubre de 2020). En las elecciones del 15 y 16 de mayo de 2021, la ciudadanía encomendó a la Convención Constitucional dicha tarea.

En marzo de 2022 asume la Presidencia de la República Gabriel Boric (36 años), quien anteriormente había presidido la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECH), siendo uno de los principales dirigentes de las movilizaciones estudiantiles de 2011. Su gobierno fue encabezado por una nueva coalición de izquierda con un gabinete ministerial integrado por Apruebo Dignidad, Socialismo Democrático y sectores independientes de izquierda, conformado por primera vez, por una mayoría de ministras mujeres (14 mujeres y 10 hombres) y, en la práctica, con muchas y muchos militantes y ex militantes o simpatizantes a los partidos de la Concertación.

A pesar de ello, este período fue representado como el comienzo de una nueva era política, post transición, en la que la sociedad chilena se encaminó hacia la búsqueda de un nuevo pacto social y político enfocado, principalmente, en el proceso de redacción, aprobación y posterior implementación de una nueva Constitución. Esta última fue imaginada como la base plausible de un eventual nuevo entendimiento social a nivel nacional.

El borrador elaborado por la Convención Constitucional, sin embargo, no fue capaz de cumplir con las expectativas de la mayor parte de la ciudadanía, siendo rechazado con el 61,86% de los votos el 4 de septiembre del 2022. Esta situación ha obligado a las fuerzas políticas oficialistas y de oposición a establecer nuevos acuerdos de gobernabilidad democrática en un proceso que se ha dilatado y que no se encuentra del todo claro. Se espera, del mismo, que logre otorgar viabilidad a la coexistencia de las nuevas identidades culturales que conforman el Chile contemporáneo, junto al reconocimiento de la tradición republicana del país.

Por tanto, el desafío venidero en términos político-identitarios sería: lograr generar un proyecto político que, sin desconocer las representaciones de la identidad nacional instituidas, sea capaz de incorporar las aspiraciones de integración diferenciada de sectores que, histórica o recientemente, se han sentido excluidos de la sociedad. Entre estos sectores se habla de pueblos originarios, inmigrantes, juventudes, géneros, adultos mayores y, especialmente, grupos pertenecientes a distintos niveles socioeconómicos en un proyecto que respete las diversidades socioculturales existentes,

sin amenazar el núcleo radical del imaginario de la nación, en el sentido dado por Castoriadis (2007) a los imaginarios radicales.

El proceso representado en esta “nueva era política”, post estallido social de 2019, partía de un cuestionamiento de los modelos identitarios y de pertenencia heredados, y de la búsqueda de una eventual nueva “estructura simbólica de ajuste” (Baeza, 2000; 2003; 2015; 2020). La base de esta “nueva era política” se sustenta en la acción de movimientos sociales estudiantiles, feministas, indígenas y de ciudadanos/as organizados/as en agrupaciones por el término de las AFP (Asociaciones de Fondos de Pensiones), consumidores defraudados y Comités de allegados, entre otros, desde el retorno a la democracia en Chile.

Juventud, condición juvenil y relaciones de poder

Para Margulis (2001), la condición juvenil alude a la identidad social de los individuos al interior de un sistema de relaciones articulado en diferentes ámbitos, como la iglesia, la escuela, y/o la familia, de tal manera que la juventud “forma parte del sistema de significaciones con que, en cada marco institucional, se definen identidades” (p. 42). Por lo mismo, estudiar las “juventudes” significa centrarse en las relaciones de poder que las han configurado, ya que cada sociedad define lo que identifica como condición juvenil, es decir, lo que las y los jóvenes piensan y sienten sobre sí mismos, y lo que los adultos piensan y sienten acerca de las y los jóvenes de su época, de ahí que se señale, que se es joven en un contexto histórico concreto (Villa, 2011).

Así pues, el significado de la condición juvenil es el resultado de las relaciones de poder social que se van configurando entre las diferentes generaciones de cada época, lo que, retomando los planteamientos de Brito (1998), ocasiona un estado de subordinación ante la condición adulta.

De acuerdo con Villa (2011), la lógica de dominación-sujeción entre aquellos que se categorizan como jóvenes y, por otro lado, quienes se autodefinen como adultos, “tiene sus raíces en la propiedad de un saber legitimado socialmente frente a otros saberes que son desconocidos o descalificados, o aún, criminalizados” (p. 152), donde dicho saber legitimado se reconoce en base a una experiencia y saberes acumulados, es decir, se fundamenta en ideas, representaciones e imaginarios instituidos. En su momento, de hecho, Foucault planteó la tesis del saber-poder, que aplicaría a lo señalado.

Es importante detenerse en la idea de generación. De acuerdo con Margulis y Urresti (1996) la generación alude a la época en la que cada individuo socializa, y con ello, al contexto cultural en el cual se desenvuelve, en este sentido, se puede considerar hasta cierto nivel, que toda generación es portadora de una cultura diferente, al tener sus propias representaciones, códigos, destrezas, lenguajes, formas de pensar, de actuar, de apreciar, clasificar y distinguir la realidad, elementos que forman parte de una época dada.

Desde este punto de vista, ser parte de una generación más joven significa no compartir experiencias ni recuerdos con otras generaciones más antiguas, por lo que es posible que existan diferencias, al ser cada una poseedora de sus "propios impulsos, de su energía, de su voluntad de orientar sus fuerzas y de no reiterar los fracasos, generalmente escéptica acerca de los mayores, cuya sensibilidad y sistemas de apreciación tiende a subestimar" (Margulis y Urresti 1996, p. 6).

Así, ser parte de una generación implica que cada individuo nazca y se desarrolle de acuerdo con un período histórico determinado, que posee su propia configuración política, sensibilidad y conflictos (Margulis y Urresti, 1998) de manera que, entre cada generación de adultos y de jóvenes, se disputa un poder de carácter ideológico (Villa, 2011), en otras palabras, de lo imaginario. Esta disputa frente lo instituido se ha expresado en diferentes momentos de la coyuntura histórica, donde las y los jóvenes se han involucrado de forma activa en los procesos sociales y políticos alrededor del mundo. En el caso de Chile, han tenido un rol protagónico desde el regreso a la democracia, lo que, sin duda, ha impactado sobre la forma de comprender e imaginar la sociedad chilena.

Movilizaciones estudiantiles en el Chile de la postdictadura

En la década de los noventa, con el fin de la dictadura militar se inició un proceso de transición a la democracia que fue encabezado por el presidente electo Patricio Aylwin, dando paso a lo que se ha denominado una democracia incompleta (Garretón y Garretón, 2010), que se caracterizó por tener gobiernos electos de manera legítima, pero que heredaron parte de la institucionalidad impuesta durante el régimen dictatorial, limitando el carácter y funcionamiento democrático de expresión de la soberanía popular.

Ello se explica por la vigencia de la Constitución política de 1980, elaborada e impuesta durante la dictadura que, pese a sus reformas, ha causado una profunda división de la sociedad al cuestionarse su legitimidad de origen. La Constitución vigente tampoco ha reconocido derechos a minorías como los pueblos indígenas, ha reducido la participación ciudadana en la toma de decisiones, como también ha profundizado la desigualdad socioeconómica del país al entregarle un rol subsidiario al Estado y priorizado el mercado como regulador de la vida económica y social, factores que han provocado tensiones y conflictos en el proceso democrático de las últimas décadas.

En este contexto, durante los noventa, el país se caracterizó por presentar una desmotivación social y política en términos de movimientos sociales (Aguilera, 2012). Entre los hitos significativos de este período, se puede identificar la revitalización de la protesta mapuche, que surgió en el marco de las tensiones históricas entre las comunidades y las empresas forestales, con manifestaciones que llamaban a la reivindicación de sus derechos como pueblos originarios, demandando autonomía frente al Estado centralizado, además de abogar por la devolución de tierras y el reconocimiento de su cultura (Borri, 2016), destacando la presencia de nuevos protagonistas, entre ellos, estudiantes universitarios y jóvenes profesionales mapuche (Sotomayor, 2018).

Durante la misma década, el escepticismo estudiantil hacia la política también se hizo sentir, en especial desde el ámbito universitario, donde la izquierda se fue fragmentando en diversas agrupaciones y colectivos radicales. Pese a ser uno de los períodos con mayor consenso neoliberal, la crisis del sistema de educación pública se encontró con un movimiento estudiantil sin apoyo de los grandes partidos políticos, sin grandes recursos económicos y sin reconocimiento de las autoridades universitarias, lo que llevó a que las organizaciones estudiantiles se reinventaran en muchos sentidos.

De esta manera, se fue articulando lentamente un movimiento estudiantil de carácter nacional, que instaló algunos puntos pragmáticos como la defensa de la educación pública, además de establecer ciertos elementos que cada vez se harían más notorios, como las críticas hacia las políticas educacionales de transición, la demanda por la democratización de las universidades y la defensa de la organización estudiantil (Thielemann, 2016).

En paralelo, la matrícula de los sectores medios y bajos en las universidades tradicionales chilenas fue aumentando, dando paso a un acceso creciente a la educación terciaria en el país. Este nivel de educación aspiraba a dejar de ser un campo elitista y a convertirse en un medio educación de masas, sentando las bases para luego articular un movimiento capaz de movilizar a los diferentes grupos sociales que buscaban acceder a la educación gratuita (sin créditos) y de calidad, lo que inició una nueva etapa del movimiento estudiantil.

En el año 2001, los estudiantes secundarios se volvieron los principales actores de la agenda política del país con un movimiento de carácter masivo y con demandas reivindicativas que surgieron producto de las innovaciones tecnológicas en el transporte público de la capital, lo que hizo necesario una renovación total de los pases escolares cuyo valor debía ser costeadado por los y las estudiantes y estaba fijado por empresas particulares (Borri, 2016). El hecho causó un gran malestar en los/las estudiantes secundarios/as al afectar directamente la economía doméstica, en especial a aquellos/as alumnos/as de menores ingresos, llevando a la paralización de gran parte de los establecimientos educacionales de Santiago.

En este contexto, la Asamblea Coordinadora de Estudiantes Secundarios (ACES) exigió que el proceso de renovación del pase escolar fuese gestionado por el Estado, de manera que no tuviese costo alguno para los/las estudiantes. Ante el rechazo del gobierno, las demandas se hicieron cada vez más notorias, estableciendo un terreno fértil para unir lo político con lo social (Donoso, 2014). Así, el "mochilazo", como lo denominó la prensa, fue la primera señal del malestar y la crítica estudiantil que se estaba gestando, además de evidenciar la desconfianza por parte de las y los jóvenes hacia los partidos políticos, abogando por formas de organización y representación alejadas de aquellos.

El movimiento logró alcanzar protagonismo al decretarse que el Estado sería el encargado de administrar el pase escolar. No obstante, estas demandas se profundizaron más durante los siguientes años, apuntando hacia la exigencia del fin al lucro en la

educación. De esta manera, se comenzó a expresar un descontento en la sociedad chilena, llevando a plantear la existencia de una crisis de legitimidad, evidenciada mediante la fuerte desafección política por parte de la ciudadanía, especialmente, la juventud (Fleet, 2011; Mayol, 2012).

Se trata, conviene aclararlo, de una crisis del modelo, de la anhelada integración, del reconocimiento y la aceptación de las diferencias en los campos social, cultural y económico, más no necesariamente una crisis de la identidad nacional. Respecto de esta, emergen nuevos imaginarios identitarios, de una nación con más derechos, una comunidad moderna imaginada en el más amplio sentido del término, y no una fragmentación o refundación de la ya existente.

De hecho, como se planteó con anterioridad, pese a que la propia idea de nación y de la identidad que la representa ha ido cambiando y ampliándose a diversas identidades a lo largo de los dos siglos de vida republicana (1810-2010), los diferentes proyectos de integración y de modernización no han logrado dar solución a los diversos problemas que supone el reconocimiento de esas identidades, como la discriminación, la segregación y la exclusión.

A finales del 2005, los y las estudiantes secundarios volvieron a ser protagonistas, al desplegar la primera protesta masiva de carácter nacional desde el regreso a la democracia, conocida como “la revolución pingüina”, en alusión a la similitud existente entre el color los uniformes escolares y el plumaje blanco y negro de las aves.

En un comienzo, el movimiento apuntó a demandas específicas que buscaban denunciar el alto valor que tenía el pase escolar y su disconformidad con la Prueba de Selección Universitaria (PSU), además de revelar las carencias que existían en las raciones alimenticias entregadas por los establecimientos escolares con jornada completa. La transversalidad de los reclamos llevó a que el movimiento alcanzara un amplio apoyo, el que avanzó hacia demandas más profundas orientadas hacia una transformación sociopolítica del país.

La derogación de la Ley Orgánica Constitucional de Educación (LOCE), heredada de la dictadura militar, fue uno de los argumentos principales del movimiento, que planteó como solución el desarrollo de una Asamblea Constituyente con el objetivo de eliminar dicha ley. De la misma manera, se exigió el fin de la municipalización de la enseñanza y la reversión al antiguo sistema de educación a cargo del Ministerio de Educación, además de sentar la idea de gratuidad universal (Alvarado, 2010).

El movimiento pingüino fue el puntapié inicial para que las y los jóvenes —y la sociedad— comenzaran a expresarse contra el desajuste estructural del sistema educativo, sentando las bases para una crítica más profunda hacia el modelo neoliberal, proceso que se extendió durante la mayor parte del año 2006 durante el gobierno de la presidenta Michelle Bachelet, que posteriormente llevaría a una maduración del movimiento estudiantil en el año 2011, pero esta vez desde el ámbito universitario, el cual alcanzó un gran respaldo por parte de la sociedad (Vega et al., 2017).

A pesar del innegable aumento en la matrícula de estudiantes de pregrado desde la década de los ochenta (Espinoza y González, 2015), la equidad en el acceso a la educación superior nunca fue una realidad para los sectores desaventajados, volviéndose ésta en una de las principales críticas hacia el sistema educativo, al no ser capaz de entregar igualdad ni integración social, sino que, al contrario, se encargó de perpetuar la división de la sociedad (Fleet, 2011). Ello llevó al desarrollo de un movimiento estudiantil más transversal, capaz de involucrar a estudiantes de educación secundaria y terciaria durante el año 2011.

Otro de los factores que gatilló la aparición de este movimiento estudiantil fue la aprobación de la Ley General de la Educación (LGE) el año 2009, que, para las y los estudiantes significó una traición por parte de la clase política y una derrota del movimiento pingüino al no solucionar las demandas planteadas en el 2006; a ello, se suma el ascenso a la presidencia del empresario Sebastián Piñera en 2010, siendo el primer mandatario de un partido político de derecha desde el regreso a la democracia; y la fuerte desafección política que experimentó el país que se reflejó en la baja popularidad y el alto rechazo que alcanzó el gobierno de turno (Vera, 2013).

Estos hechos trajeron a flote un movimiento estudiantil que rápidamente se extendió por todo el país, caracterizándose por su masividad y el desarrollo de nuevas formas de acción política, como la apropiación fragmentada del espacio público, el uso del cuerpo como objetivo táctico y estratégico, manifestando un carácter disruptivo y performático (Urzúa, 2015); además del empleo de mecanismos de participación alejados de la tradicionalidad política como las asambleas y las formas de representación directa (Hatibovic y Sandoval, 2015); y, por supuesto, el manejo de las redes sociales para la información, organización y expresión de demandas y protestas (Cárdenas, 2014).

Las manifestaciones sumaron nuevamente otros sectores, alcanzando un gran apoyo por parte de padres y madres, tutores/as y apoderados/as, quienes se percataron que las demandas no solo afectaban al estudiantado, sino que a la sociedad en su conjunto, de manera que el movimiento dejó de enfocarse meramente en lo estudiantil y se tradujo en una nueva crítica a la desigualdad estructural del país, la segregación social y la hegemonía del dinero como medio para acceder a nuevas oportunidades (Garretón, 2012; Salinas, 2016), buscando desprivatizar la educación y profundizar la democracia (Vera, 2013). En paralelo, se cuestionó el discurso meritocrático y de movilidad social mediante la educación, pues la masificación de la misma no había logrado generar ni igualdad ni equidad social, iniciando lo que se llamó una crisis o derrumbe del modelo (Garretón, 2012; Mayol, 2012).

En los años posteriores, el malestar ciudadano continuó creciendo, ampliando las demandas de igualdad y equidad social a otros ámbitos. El movimiento estudiantil del 2011, así, demostró cómo una generación de jóvenes es capaz de movilizar transformaciones por medio de un relato que organiza e influye en el devenir histórico (Cárdenas, 2011), lo que paulatinamente ha derivado en un proyecto de sociedad distinto.

Resulta importante hacer mención, también, al creciente movimiento feminista estudiantil, en especial durante el 2018, alcanzando protagonismo al denunciar diferentes actos de abuso sexual y violencia hacia las mujeres en distintos ámbitos.

En este contexto, se instaló una discusión que puso en cuestión distintos asuntos, entre ellos, la educación sexista impartida en los establecimientos educacionales, la desigualdad de género y la falta de mecanismos formales existentes en las instituciones educativas para investigar y sancionar el acoso sexual y abuso de poder en el interior de las facultades. El foco de los cuestionamientos ha sido, desde entonces, la cultura patriarcal y sus diferentes expresiones machistas y discriminatorias (Rojas, 2021).

Así, las movilizaciones feministas retomaron algunas de las demandas anteriores, pero con el sello feminista, exigiendo una educación no sexista, gratuita, de calidad y sin lucro, para todos, todas y *todes*, sin dejar de lado por supuesto, las luchas contra el feminicidio y la violencia de género (Ponce, 2020).

Resultados de investigación

Imaginario juveniles de la nación

Para profundizar en el análisis y definición de la identidad nacional, desde la perspectiva de los y las estudiantes, se consideraron las diferentes dimensiones de aquella. Dicha identidad se encuentra conformada y orbitada por diversos imaginarios que les permiten significarla desde sus experiencias individuales y colectivas.

En este proceso, los y las estudiantes seleccionan y jerarquizan, de manera subjetiva, elementos y representaciones que surgen en la interacción con otros sujetos y sujetas a lo largo de su vida. Así, ciertas costumbres les permiten generar sentimientos de pertenencia a la comunidad nacional imaginada⁵.

En este sentido, por un lado, reconocen identificarse como miembros de esa unidad sociopolítica común que sería la nación, a pesar de sus diferencias. Como fuente de identidad colectiva, la nación les proporciona representaciones que dan sentido a la identidad chilena y les permiten a identificarse como chileno/a y, junto a ello, configurar *un imaginario amplio de dicha identidad que, en jerga juvenil, denominan "chilenidad"*.

Como estudiantes jóvenes, este imaginario se instituye en discursos o narrativas de auto identificación e, igualmente, de diferenciación. Como identidad instituida, el imaginario se caracteriza por: tener la nacionalidad chilena, como categoría jurídica/ad-

5 "Porque, partiendo de que uno nació acá, la cultura que uno tiene desde chico, el hecho de que las costumbres que nos pasan nuestros papás también, o el ir a las ramadas, la empanada, todas las actividades que normalmente se hacen en el dieciocho, entonces, es como tanto tiempo haciendo cosas de chilenos, como no sé, esto es mío, uno ya se siente parte de esta cultura" (Estudiante UdeC, 18 años).

ministrativa⁶ (“soy chileno/a porque así lo dice mi carné”); por compartir una cultura (costumbres y prácticas festivas, como “la celebración de fiestas patrias” o “formas de ser”) y; por representaciones simbólicas del imaginario nacional (“bandera”).

En términos de diferenciación, la identidad chilena se va reforzando en su vinculación con una comunidad de intereses y con la experiencia de cada uno/a, que se identifica con una “generación” diferente. Su percepción de las diferencias sociales y de la imposición heredada de símbolos patrios son igualmente rechazadas: por ejemplo, la exacerbación de la figura del “huaso” chileno en tanto figura masculina que representa las tareas propias de las haciendas coloniales y otros como el lema del escudo “por la razón o la fuerza”, o la estrofa de la canción nacional que en dictadura alababa a “nuestros nobles valientes soldados”, a pesar de lo que diga el carné de identidad⁷.

Este sentimiento de diferenciación apunta principalmente al marco institucional y a prácticas promovidas por el Estado-nación y emerge la representación de una nueva comunidad, conformada por habitantes chilenos/as y mestizos en un territorio en común, más inclusivo y menos elitista. La diferencia con una identidad chilena opera para con las élites económicas y especialmente políticas⁸.

Como categoría hermenéutica común, estos/as estudiantes se autodefinen como “chileno/a tipo”, a partir de características sociales, físicas, psicológicas y morales. El/la chileno/a tipo, pertenece a las llamadas “clases medias”⁹; ser de clase media es no ser rico ni pobre¹⁰; mestizo en sentido amplio y no descendiente puro de inmigrantes europeos¹¹; ser chileno es también ser comprometido y solidario, apoyar de manera incondicional causas o intereses ajenos a él/ella mismo/a, como las catástrofes naturales, los terremotos o los incendios forestales¹². También, se representa al chileno/a tipo como una persona humilde, trabajadora y esforzada¹³.

6 La verdad porque la nacionalidad para mí nunca ha sido un tema como muy brígido (sic) [complejo], nunca ha sido muy fuerte. Para mí, es como que nacionalidad tienes, [eres] chileno porque sale en el carné” (Estudiante UdeC, 20 años).

7 “Mmm... o sea mi carné dice que sí, pero como en base en mis ideales creo que no. La verdad es que no me considero chilena, bueno, no es como... vivo acá obviamente, pero siento que como que la enseñanza y la educación como no me representan tampoco, las costumbres, nada de eso como que me hace sentir identificada” (Estudiante IPVG, 20 años).

8 “[Chile] es un colectivo súper grande y que si uno saca como a los políticos nefastos como que queda algo realmente lindo y súper compacto” (Estudiante UdeC, 20 años).

9 “[Los chilenos/as] se representan como clases medias [...] porque uno siempre ha vivido situaciones, siempre han faltado cosas, entonces uno tiende a apañarse con más gente, tiende a ser un poco más sociable” (Estudiante UdeC, 20 años).

10 “El nivel socioeconómico determina mucho... caleta de cosas, entonces poder hablar con una persona y haber vivido lo mismo, en el fondo igual uno se identifica con la persona y puede sentir una unidad” (Estudiante IPVG, 20 años).

“Uno dice no como que típicos los *flaites* son como ordinarios y la gente *cuica*, *rica* es como muy arribista, pero al momento de ir a otro país [...] en realidad [son] parecidos en su forma de ser” (Estudiante IPVG, 28 años).

11 “Tendemos a ser más bajos, más morenos [...] no tenemos rasgos tan distintivos, por ejemplo, rubio de ojos azules, tienden a destacar los colores oscuros acá” (Estudiante UdeC, 21 años).

12 “Somos bastante solidarios, se ha visto bastante con la pandemia, lo que se da más en las poblaciones obviamente que, en condominios, la gente se ha apoyado bastante” (Estudiante IPVG, 19 años).

13 “[Al chileno] lo vería como una persona humilde, trabajadora y respetuosa más que todo” (Estudiante IPVG, 19 años).

Existe igualmente una fuerte empatía con los pueblos indígenas, que son discriminados¹⁴ y, al menos en los 2 centros de educación donde se trabajó, representados únicamente en el pueblo mapuche. La sociedad chilena es representada como discriminatoria y xenófoba (Aravena y Silva, 2009), contrariamente a ellos/ellas, que se autodefinen como más inclusivos/as.

Por último, los y las estudiantes de este estudio, también representan al (la) chileno (a) como “pillo” o astuto, que busca obtener beneficios personales por medio del engaño¹⁵.

Imaginario de la cultura chilena: entre la tradición y la modernidad

Entendemos la cultura, como un conjunto de significaciones, representada en símbolos transmitidos a través de esquemas construidos históricamente (Geertz, 2003). En este sentido, en el caso de este estudio la cultura chilena, se representa como la “cultura chilena tradicional” por medio de prácticas como las fiestas patrias, con sus componentes gastronómicos, pictóricos, artísticos y coreográficos y que forman parte de lo que se entiende por Patrimonio nacional. Se añaden a esta visión de la cultura personajes como el “huaso” chileno, los próceres de la patria y los símbolos patrios nacionales. Estas representaciones han ido “cristalizando” a lo largo de la historia en la búsqueda de una identidad nacional unificada y homogénea por parte del discurso oficial, promovido por el Estado-nación.

También, la cultura chilena es percibida a partir de las representaciones de épocas más recientes, como la dictadura militar (1973-1990); el proceso de transición a la democracia (1990-2019) y; el “estallido social” (2019). En tal sentido, la cultura chilena trasciende los modelos identitarios y de pertenencia heredados de períodos anteriores.

Igualmente, las transformaciones culturales provocadas por el intercambio cultural en contexto de globalización han superpuesto a este imaginario de la cultura tradicional un imaginario de la “cultura chilena contemporánea”. En esta última, los símbolos característicos instituidos por el Estado-nación se consideran anacrónicos y comienzan a ser cuestionados y desnaturalizados, perdiendo su eficacia simbólica y provocando una tensión en la heteronomía (Baeza, 2015). Resulta de este proceso una lucha simbólica entre ambos imaginarios, de manera que en este estudio las personas jóvenes valoraron otros símbolos, como la bandera política mapuche, ampliamente utilizada como señal de protesta durante el estallido social del 2019. Así, el proyecto de integración nacional muchas veces se disocia de las identidades subjetivas de los / las sujetos/as, distanciándose de la homogeneización identitaria y acercándose a una identificación particular, local o territorializada.

14 “Creo que deberían tener un lugar más importante, darles más oportunidad de expresarse, más oportunidad del diálogo [...] poco menos creen que son personas súper ignorantes por el hecho de ser mapuches y no es así” (Estudiante IPVG, 19 años).

15 “Somos como bien *pillos* [...] el chileno tiende a ser *pillo*, siempre como que busca trabajar un poco menos, o sea, hacer menos y ganar más” (Estudiante UdeC, 20 años).

Lo regional en tensión a lo central

La identidad chilena es considerada como el resultado de una sumatoria de rasgos socioculturales heterogéneos con base en la diversidad geográfica del país. En este sentido, los/las estudiantes plantean la existencia de diversas culturas regionales¹⁶ que conformarían la totalidad de la cultura chilena y que le darían una identidad diversa a la nación¹⁷.

Estas culturas regionales, se imaginan mediante diferentes prácticas sociales y culturales, como la lengua y sus variaciones lingüísticas¹⁸, propias y representativas de cada parte del país; las costumbres y ritos culturales particulares de cada región, entendiéndose como fiestas típicas, religiosas y locales, y; el aspecto geográfico, que perfila la forma de habitar cada espacio.

De este modo, los imaginarios regionales se vinculan a los territorios, a su naturaleza singular y sus manifestaciones culturales, configurándose en oposición al centralismo propio de la capital. En este caso, se trataría de identidades locales, territoriales, ecológicas y culturales que se visualizan en tensión al centralismo en la toma de decisiones, pero que se considera forman parte de una unidad territorial, cultural e identitaria común.

La Región Metropolitana de Santiago, como región donde se asienta el centro hegemónico del país, por su parte, se representa a través de transformaciones modernizadoras que se perciben ausentes en las regiones. Junto al rechazo al centralismo, se aspira a que las regiones transiten hacia ese camino como resultado de la nueva Constitución.

También, el imaginario sobre la capital se representa como un espacio automatizado, individualista y peligroso —ligado a la delincuencia—, mientras que lo regional es representado como libre, natural, amable y culto, pero más atrasado o menos desarrollado económicamente¹⁹. Resulta interesante en este discurso, que el individualismo sea asociado mayormente a la Región Metropolitana de Santiago, mientras que la vida en la provincia se represente de manera más comunitaria.

16 “Aparte de la extensión del territorio, en los diversos orígenes que hay de cada uno de estos, [...] quizás todos convergen en el punto de encuentro con [otras] sociedades que vinieron después” (Estudiante UdeC, 20 años)

17 “Yo creo que la diversidad hace al chileno, creo que en otros países no se da esa situación y que solamente en Chile se está dando” (Estudiante IPVG, 21 años)

18 “Al estar divididos por sectores nuestra cultura varía, lo que nos da por ejemplo el modismo, la velocidad del habla, los tipos de acento” (Estudiante UdeC, 21 años)

19 “Acá en la región no se da ese aire [ambiente] de Santiago... lleno de gente, nadie pesca a nadie... pero en el Biobío no es como todo robotizado todavía, no hay nada como fuera del ámbito humano” (Estudiante IPVG, 19 años).

Estallido social y politización de las identidades

El estallido social es percibido como un proceso de cambios que ha repercutido de distintas maneras en la vida juvenil; nivel individual, significó experimentar un crecimiento personal impulsado por el descubrimiento de una realidad nueva. Esta refiere a lo que el estallido muestra, en términos de visibilizar la desigualdad existente en el país, llevándolos a empatizar con “el otro” que lo pasa mal²⁰.

Este descubrimiento los y las ha interpelado al punto de declarar un mayor interés por conocer la historia, la política nacional y la contingencia para comprender los procesos que ha vivido el país. Esta comprensión les ha permitido a su vez, posicionarse en favor de una transformación progresista del ideario de la nación, tensionando su propia subjetividad, experimentando un proceso de politización²¹ (PNUD, 2015) que vincula sus experiencias personales a las disputas acerca de lo político.

En efecto los y las estudiantes identifican problemas como: la falta de oportunidades y recursos económicos para una gran mayoría de la población²²; la desigualdad estructural de la sociedad que se ve reflejada a través de las pantallas²³; la privatización de los servicios básicos que ha afectado la economía de las familias; los abusos por parte del poder político-económico, entre otros²⁴; como elementos que inciden sobre su situación personal, pero que son de carácter colectivo y que los llevan a posicionarse políticamente respecto a la crisis y su desarrollo, lo que impacta en la definición de su subjetividad e identidad.

Así, se visualiza una ambigüedad que oscila entre la valoración en materia del crecimiento al que se aspira, y la crítica a las tensiones que el proceso ha implicado. También, ante dicha ambigüedad, se preguntan si vale o no la pena involucrarse en las dinámicas de cambio como agentes o, simplemente, aspirar a la construcción de su propio proyecto individualista.

De ahí que, para las y los jóvenes, el estallido sea una gran vitrina de visibilización de la desigualdad y del malestar instalado silenciosamente en la sociedad, a la expresión pública de la precariedad e inseguridad que experimenta gran parte de las personas, demandando cambios para todos y todas.

20 “Podría decirse que, hay ciertas cosas que el Estado no maneja bien [...] entonces hay una desigualdad en donde la mayoría de los chilenos viven al límite con sus recursos, con su día a día” (Estudiante UdeC, 20 años)

21 “Yo he ido a cabildos y a las manifestaciones a participar, en los cabildos he conversado con buena gente, porque a pesar de que en la mesa había opiniones tan distintas dentro de todo, el marco de respeto siempre como que ponderaba” (Estudiante UdeC, 19 años)

22 “Todos merecemos exactamente el mismo respeto, nos deberían entregar las mismas oportunidades, no porque por ejemplo uno venga de una familia de obreros está condenado” (Estudiante IPVG, 19 años)

23 “Se vieron muchas deficiencias a nivel social; que si había gente pasando hambre, lo que antes se consideraba que era mentira, que si había una desigualdad, la que se consideraba, pero no se pensaba que era tanta” (Estudiante UdeC, 21 años)

24 “Ojalá que se vayan todos los corruptos, todos estos que no tienen ningún interés en la gente porque en realidad ellos se mueven por plata” (Estudiante IPVG, 24 años)

En tal sentido, el estudiantado manifiesta que antes del 18 de octubre de 2019, eran más individualistas y que, en general, no se involucraban en forma activa en los procesos políticos y comunitarios, pero que a partir de este hecho, perciben que una parte de la sociedad experimentó una transformación en la subjetividad, caracterizándola como más empática, enfocada en lo colectivo²⁵, donde las demandas y el descontento vendrían a ser la causa de esta unidad, compartiendo la necesidad de transformaciones políticas y sociales.

A partir de esta valoración crítica de la sociedad, estos jóvenes que forman parte de la que llamaremos “generación del estallido”, considera que el estallido social y sus manifestaciones, resultaron en un hecho beneficioso al canalizar el malestar social y lograr ejercer presión al poder político²⁶; rechazado en su incapacidad de gestionar cambios sustantivos en la vida de la ciudadanía, apuntándolo como culpable de las negligencias en salud, educación, pensiones y derechos igualitarios (percepción de la “injusticia de la justicia”).

Por tal motivo, tienen una consideración crítica de la política tradicional y se considera que los políticos, como parte de una élite, son corruptos, desinteresados y que se encuentran enfocados en la producción de capitales. Desde su punto de vista existiría en una tensión entre la ciudadanía y la élite gobernante y el aparato del Estado, cuyas decisiones carecen de legitimidad.

Debido a ello, se resalta la falta de confianza juvenil en los políticos, valorando medidas como la creación de un nuevo pacto social, que surge como consecuencia de las manifestaciones y, por ende, de la soberanía popular. Así, las y los estudiantes consideran que la ciudadanía es la que debiese hacerse cargo del proceso y de la toma de decisiones, lo que se valora por marcar un precedente en la historia moderna del país, sintiéndose agentes de este proceso.

Reflexiones

Los imaginarios sociales de la nación y las representaciones juveniles de la identidad chilena han sufrido diversas transformaciones, cristalizadas en el llamado estallido social de 18 de octubre de 2019. Por un lado, se observa una politización de las representaciones tanto a nivel de la identidad chilena como de las subjetividades juveniles; en este sentido se manifiesta una crisis valórica respecto de los elementos más tradicionales atribuidos a la patria en virtud de su carácter heredado, impuesto y a la falta de pertinencia.

25 “A mí me cambió, en el sentido que antes, me sentía como... el día de hoy nos sentimos más escuchados no solamente con el Estado, sino que entre nosotros” (Estudiante IPVG, 20 años)

26 “El estallido social me hizo entender que lamentablemente si uno no grita, si uno no mete bulla, no te pescan” (Estudiante IPVG, 19 años).

En este caso, se reivindican símbolos emanados de las mismas manifestaciones que ponen en valor y visibilizan a sectores históricamente excluidos de las decisiones políticas y de los beneficios del modelo, como los sectores de menores ingresos o los pueblos originarios. Por otro lado, se observa, aunque en menor medida, el discurso de quienes valoran los elementos históricos, institucionales y las costumbres propias de la tradición nacional, reivindicando los valores patrios, los símbolos republicanos y las prácticas consideradas como típicas de “lo chileno”, entendiéndose como la gastronomía, bailes y desfiles, entre otros.

En la construcción imaginario social de la identidad chilena, de manera hipotética, los y las estudiantes polarizan y diferencian la coexistencia de dos almas nacionales, y perciben una pugna y antagonismo entre dos grupos que se identifican con valores e identidades diferentes. Por un lado, las élites, de las que se diferencian, y los chilenos/as comunes, con quienes se auto identifican y empatizan, aunque algunos/as de los/as estudiantes (en el caso de la UdeC), sean parte de la misma élite económica.

Lo anterior, entendemos puede ser el resultado de la visibilidad que cobró esta imagen polarizada en los medios de comunicación con ocasión del “estallido social”. En caso de confirmarse esta hipótesis con la ampliación de nuestra investigación a otras regiones y universidades, podríamos estar frente a la emergencia de nuevos imaginarios instituyentes de la nación, a partir de nuevas representaciones del orden simbólico y jerárquico que buscan reemplazar o resignificar las representaciones y estructuras instituidas, configurando nuevas significaciones y transformando las subjetividades juveniles.

También, el sistema político, el aparato del Estado y las élites, son percibidas de forma negativa por las personas jóvenes. Ello se basa en múltiples fenómenos, como el desencanto con los partidos políticos, la baja confianza en las instituciones y la alta corrupción en la política y la sociedad. Ante tales niveles de desconfianza las personas jóvenes del nivel terciario de la educación se manifiestan más interesados/as en procesos participativos que involucran de forma directa a la ciudadanía en la toma de decisiones a nivel político, colaborando en la gestión de lo público/privado.

A raíz de lo señalado, se configuran diversas expectativas de futuro que se sustentan en las demandas de cambio visibilizadas en el ciclo de movilizaciones de principios de siglo y que encuentran su período más álgido el 2019, culminando con un proceso de creciente conciencia ciudadana.

Los deseos de transformación se manifiestan de diferentes formas: por un lado, se alude a demandas de un mejor sistema de salud, educación y pensiones, sin discriminación de ningún tipo, con servicios de calidad y gratuitos, apuntando a beneficios transversales a toda la sociedad y a una modificación de la arquitectura institucional del país a través de un nuevo ordenamiento interno (que puede ser una nueva Constitución) capaz de solucionar la desigualdad estructural vigente.

Y, por el otro, a cambios más amplios que se sustentan en aspiraciones de mayor bienestar subjetivo individual y colectivo. No se conocen claramente los mecanismos que podrían generar estos cambios y tampoco se confía en las promesas de un futuro mejor. En ese sentido se vive en el presente.

En su ideal comunitario, la sociedad chilena se imagina como una sociedad más igualitaria, donde se asegure una distribución más equitativa de la riqueza y que garantice un amplio e igualitario acceso a las oportunidades. Para ello, sería necesaria una reforma al modelo neoliberal vigente transitando hacia un Estado benefactor que atienda las demandas concretas de los sectores más desfavorecidos, asegurando la gratuidad universal con igualdad de derechos en materia de salud, educación, pensiones y justicia, facilitando la reproducción de la vida cotidiana de manera digna.

Para las personas jóvenes que formaron parte del estudio, el proceso constituyente representaba una fuente de anhelos y expectativas, un mecanismo que, eventualmente, sería capaz de materializar sus esperanzas de menor desigualdad —eje central del malestar social— y de una transformación institucional; sin embargo, manifestaron incredulidad sobre la viabilidad de dichos cambios.

Antes de la elección de los representantes, incluso, sus dudas radicaban en la desconfianza en los encargados de liderar el proceso constituyente, ya sea sobre los partidos políticos o sectores poco representativos de una gran mayoría de la sociedad. En nuestra opinión, tanto el neoliberalismo económico como el conservadurismo social de los partidos de derecha, pero también, la supremacía progresista, de los sectores de izquierda radical y elitistas, generaron desconfianzas en las personas jóvenes.

A la par del proceso político-institucional, los/las estudiantes, en el marco de este trabajo, consideran que es necesario efectuar un cambio mucho más profundo, de carácter ideológico, valórico y cultural, capaz de propiciar una transformación personal en cada uno/una, en aspectos como la tolerancia, el respeto a la diferencia y la inclusión que, con el tiempo, resultaría en un ajuste colectivo de la sociedad. Uno de los principales desafíos de este ajuste, es su carácter inclusivo, y su capacidad de transformar la incertidumbre reinante. Se aspira a un proceso en el que sea posible reinstalar confianzas sobre esa comunidad imaginada que llamamos nación y, también, a que “chilenidad” como expresión de la identidad, trascienda las diferencias sociales. Sin embargo, no perciben que esto sea realizable en el corto plazo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aguilera, O. (2012). Repertorios y ciclos de movilización juvenil en Chile (2000-2012). *Utopía y praxis latinoamericana*, 17 (57), 101-108.
- Alvarado, V. (2010). *Génesis de la Revolución de los Pingüinos y su incidencia en la reforma educativa en Chile* (Monografía de grado para optar al título de Politóloga). Universidad Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, Bogotá D.C., Colombia.
- Anderson, B. (1996). *L'imaginaire national. Réflexions sur l'origine et l'essor du nationalisme*. Paris: La Découverte.
- Aravena, A. (2021). La identidad nacional en disputa. Imaginarios socio-antropológicos del estallido social en Chile. *Red Iberoamericana de Academias de Investigación, A.C.* (978-607-99621), Xalapa, Veracruz, México. 107-127.
- Aravena, A., y Baeza, M. A. (2015). Construcción socio-imaginaria de relaciones sociales: la desconfianza y el descontento en el Chile post-dictadura. *Cinta de moebio*, (53), 147-157.
- Aravena, A., y Baeza, M. A. (2021). Nuevas subjetividades e imaginarios sociales en estudiantes de primer año de educación terciaria en Concepción, Chile. Experiencias de estudios remotos en contexto de pandemia y post estallido social. *Revista Foro Educativo*, (37), 101-131.
- Aravena, A., y Laharó, A. (2021). *Rapa Nui Imaginada. La voz de las mujeres*. Santiago: Rapa-Nui Press.
- Aravena, A., y Silva, F. (2009). Imaginarios sociales dominantes de la alteridad en la configuración de los límites etno-nacionales de la identidad chilena. *Sociedad Hoy*, (17), 39-50.
- Baeza, M.A. (2000). *Los caminos invisibles de la realidad social*. Santiago: RIL Editores.
- Baeza, M.A. (2003). *Imaginarios sociales. Apuntes para la discusión teórica y metodológica*. Concepción: Sello Editorial Universidad de Concepción.
- Baeza, M.A. (2015). *Hacer mundo*. Santiago: RIL Editores.
- Baeza, M.A. (2020). *Enigmas del presente. Entre el neo-selvajismo y el pseudo populismo*. Santiago: RIL Editores.
- Baeza, M.A. y Aravena, A. (2021). Subjetividades juveniles en tiempos de pandemia. La extraña condición de ser «mechón» no presencial. *Última Década*, 29 (57), 93-124.
- Bengoa, J. (2003). Encontrando la identidad en la celebración de la diversidad. En S. Montecino (Comp.), *Revisitando Chile. Identidades, mitos e historias* (pp. 600-607). Santiago: Comisión Bicentenario.
- Bengoa, J. (2005). *La comunidad reclamada. Identidades, utopías y memorias en la sociedad chilena*. Santiago: Catalonia.
- Bengoa, J. (2009). *La comunidad fragmentada. Nación y desigualdad en Chile*. Santiago: Catalonia.

- Borri, C. (2016). El movimiento estudiantil en Chile (2001-2014). La renovación de la educación como aliciente para el cambio político-social. *Altre modernità*, (14), 141-160.
- Brito, R. (1998). Hacia una sociología de la juventud. Algunos elementos para la deconstrucción de un nuevo paradigma de la juventud. *Última Década*, 6 (9), 170-182.
- Cárdenas, C. (2011). (In) visibilización juvenil: Acerca de las posibilidades de las y los jóvenes en la historia reciente del país. *Última Década*, 19 (35), 33-59.
- Cárdenas, C. (2014). Representación de la acción política de los estudiantes chilenos. Movilización de significados en redes sociales. *Última Década*, 22 (40), 57-84.
- Carretero, E. (2001). *Imaginarios sociales y crítica ideológica. Una perspectiva para la comprensión de la legitimación del orden social*. Tesis para optar al grado de Doctor en Sociología. Universidad de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela, España.
- Castoriadis, C. (2007). *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires: Tusquets.
- Castoriadis, C., y Tomès, A. (2007). *L'imaginaire comme tel*. París: Hermann.
- Donoso, S. (2014). *La reconstrucción de la acción colectiva en el Chile post-transición: el caso del movimiento estudiantil*. Buenos Aires: CLACSO.
- Espinoza, Ó., y González, L. (2015). Equidad en el sistema de educación superior de Chile: acceso, permanencia, desempeño y resultados. En A. Bernasconi (ed.), *Educación superior en Chile: transformación, desarrollo y crisis* (pp. 517-579). Santiago: Centro de Estudios de Políticas y Prácticas en Educación.
- Fleet, N. (2011). Movimiento estudiantil y transformaciones sociales en Chile: una perspectiva sociológica. *Polis*, 10 (30), 99-116.
- Foucault, M. (1961). *Folie et déraison. Histoire de la folie à l'âge classique*. Paris: Éditions Gallimard
- Garretón, M. (2012). *Neoliberalismo corregido y progresismo ilimitado: Los gobiernos de la Concertación en Chile 1990-2010*. Santiago: Editorial ARCIS.
- Garretón, M., y Garretón, R. (2010). La democracia incompleta en Chile: La realidad tras los rankings internacionales. *Revista de ciencia política*, 30 (1), 115-148.
- Hatibovic, F., y Sandoval, J. (2015). Una representación metafórica de la acción política en estudiantes de universidades chilenas. *Última década*, 23 (42), 11-37.
- Lapoujade, M. N. (1988). *Filosofía de la imaginación*. México D.F.: Siglo XXI Editores.
- Larraín, J. (2001). *La identidad chilena*. Santiago: LOM Ediciones.
- Lemm, V. (ed.). (2010). *Michel Foucault: neoliberalismo y política*. Santiago: Ediciones UDP.
- Margulis, M. (2001). Juventud: una aproximación conceptual. En S. Donas (comp.), *Adolescencia y juventud en América Latina* (pp. 41-56). Cartago: Libro Universitario Regional.
- Margulis, M., y Urresti, M. (1998). La construcción social de la condición de juventud. En H. Cubides, M. Laverde y C. Valderrama (eds.), *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades* (pp. 3-21). Bogotá: Siglo del Hombre Editores.

- Mayol, A. (2012). *El derrumbe del modelo. La crisis de la economía de mercado en el Chile contemporáneo*. Santiago: LOM ediciones.
- Montecino, S. (1991). *Madres y huachos: alegorías del mestizaje chileno*. Santiago: Sudamericana.
- Ponce, C. (2020). El movimiento feminista estudiantil chileno de 2018: Continuidades y rupturas entre feminismos y olas globales. *Izquierdas*, 49, 1554-1570.
- PNUD (2002). *Desarrollo Humano en Chile. Nosotros los chilenos: un desafío cultural*. Santiago: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- PNUD (2015). *Informe sobre Desarrollo Humano en Chile 2015: Los tiempos de la politización*. Santiago: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- Renan, E. (2004). "¿Qué es una nación?" [Conferencia dictada en la Sorbona, París, el 11 de marzo de 1882], ed. digital: Franco Savarino.
- Rojas, N. (2021). Movimientos de mujeres en Chile y el camino hacia una constitución feminista. *Anuari del conflicte Social*, (10), 21-60.
- Salazar, G., y Pinto, J. (1999). *Historia Contemporánea de Chile II. Actores, identidad y movimiento*. Santiago: LOM Ediciones.
- Salinas, S. (2016). *Conflictos y nuevos movimientos sociales*. Santiago: RIL Editores.
- Silva, B. (2008). *Identidad y nación entre dos siglos. Patria Vieja, Centenario y Bicentenario*. Santiago: LOM Ediciones.
- Smith, A. (1991). *National Identity*. Londres: Penguin Books.
- Sotomayor, F. (2019). Malestar, acción colectiva y movimientos sociales en Chile (2001-2017). *Revista Ciência & Saberes-UniFacema*, 4 (2), 1137-1151.
- Taylor, C. (2006). *Imaginario social moderno*. Barcelona: Paidós.
- Thielemann, L. (2016). *La anomalía social de la Transición. Movimiento estudiantil e izquierda universitaria en el Chile de los noventa (1987-2000)*. Santiago: Tiempo Robado Editoras.
- Urzúa, S. (2015). ¿Cómo marchan los jóvenes en el Chile de postdictadura? Algunas notas acerca de la apropiación del espacio público y el uso político del cuerpo. *Última Década*, 23 (42), 39-64.
- Vega, A., Martínez, C., y Morales, C. (2017). Movimiento social e inequidad en el acceso a la Educación Superior en Chile: el difícil camino hacia una reforma estructural. En Vega, A., y Andreucci, P. (eds.), *Del conflicto social a la indignación global* (pp. 99-126). Santiago: RIL Editores.
- Vera, S. (2013). El resplandor de las mayorías y la dilatación de un doble conflicto: el Movimiento Estudiantil en Chile el 2011. *Anuari del conflicte Social*, 1, 286-309.
- Villa, M. (2011). Del concepto de juventud al de juventudes y al de lo juvenil. *Revista Educación y Pedagogía*, 23 (60), 147-157.